



DISCURSO
PRONUNCIADO
EN LA CAPITAL
DEL DEPARTAMENTO
DE GUANAJUATO
EL 16 DE SETIEMBRE
DE 1854
POR EL LICENCIADO
DON JOSE M, LOZANO

GUANAJUATO 1854

COLECCION
DE DISCURSOS PATRIOTICOS DE
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

DISCURSO
PRONUNCIADO
EN LA CAPITAL

DEL

DEPARTAMENTO

DE GUANAJUATO

EL 16 DE SETIEMBRE

DE

1854,

POR EL LIC

DON JOSÉ M. LOZANO

agente fiscal

del Tribunal superior
de Justicia del mismo
Departamento.

TIPOGRAFÍA DE OÑATE.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA CAPITAL**DEL DEPARTAMENTO****DE GUANAJUATO**

El 16 de Setiembre

DE 1854,

POR EL LICENCIADO

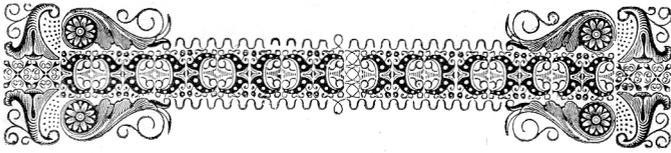
DON JOSÉ M. LOZANO

AGENTE FISCAL

del Tribunal superior de Justicia del mismo
Departamento.**GUANAJUATO.**

Tipografía de J. E. Oñate, calle de Alonso n. 1.

1854.



En el mundo político, como en el mundo material, nada está aislado; el espíritu humano es un elemento que se nivela en todas partes, y que no puede bajar ni subir en una de las razas de la humanidad, sin bajar ó subir proporcionalmente en todas las demas.

(LAMARTINE.)

EXMO. SEÑOR.

SEÑORES.

INUTIL sería recordaros el motivo y origen de la presente solemnidad: un acontecimiento grande, fijo en nuestra memoria, como lo quedará para siempre en la de las generaciones que nos sucedan, nos reúne para celebrar su recuerdo, y un sentimiento noble y generoso hace palpitar nuestros corazones con el entusiasmo de la gratitud, los abre á la esperanza, y nos hace olvidar por algunos momentos los infortunios á que por tantos años parece que fué condenada nuestra patria.

A honra y muy grande, estimo haber sido designado para ser en éste solemne dia el intérprete de los nobles y puros sentimientos que os animan: he aceptado, no porque crea que el elogio que pueda hacer será el que corresponda á la grandeza de

la causa y del hombre á quienes va consagrado, sino porque sé que mi voz hallará eco en vuestros corazones, y que los sentimientos que espese son los mismos que os animan, los mismos que en este dia animan á todos los buenos mexicanos, los mismos que alentando nuestra esperanza, nos hacen concebir aun, la de un porvenir que realice para nuestros hijos los ensueños de gloria, de felicidad y de grandeza que nosotros no hemos podido realizar.

El atrevido pensamiento de un sabio reveló al mundo antiguo la existencia hasta entonces desconocida de un mundo nuevo; el brazo fuerte de un guerrero conquistó para la España la mas hermosa y rica parte del mundo de Colon, y esa preciosa conquista fué por espacio de trescientos años la mas espléndida joya que adornó la corona de los Reyes de Iberia. Pero llega, Señores, para las Naciones la época en que necesitan vivir por sí, independerse de toda dominacion estraña, rejirse por sus propias leyes, tener una conciencia propia sin recibir otras inspiraciones que las de su razon, y sin tener que dar cuenta de su conducta sino al Supremo moderador de las sociedades y árbitro absoluto de sus destinos.

Esa época llegó para México: la España no podia conservar por mas tiempo su conquista, ni la Colonia podia continuar arrastrando la cadena de la esclavitud, en una época en que la Europa proclamaba como un dogma la independenciam de los pueblos y derramaba torrentes de sangre para asegurarla.

En efecto, Señores, luchaba en Europa la fuerza con la razon, aquella por someter á los pueblos al capricho de un guerrero tan afortunado como sagáz y emprendedor, y ésta por afianzar los derechos de la humanidad sancionando la libertad de las naciones. Esa terrible lucha, verdadera lucha de gigantes que absorbió por mucho tiempo la atencion del mundo, era preciso que hallara ecos en la jóven América; los halló en efecto, los espíritus vieron como en lontananza una existencia distinta de la

—5—

existencia colonial que hasta entonces conocian, se vislumbró un porvenir diverso, y nació en algunos corazones el noble deseo de la Independencia de la patria. Dificil era realizar ese deseo á la vista de un gobierno suspicaz y receloso, tratándose de un pueblo ignorante y oprimido, y de una sociedad muerta por efecto de esa misma ignorancia, por la opresion sufrida durante trescientos años, por los hábitos y costumbres que habia adquirido; en una palabra, la dificultad nacía de la grandeza misma del objeto y de la pequenez de los medios.

En tales circunstancias, los patriotas (que con este nombre honra la historia á los Ciudadanos que formaran el proyecto de libertar á su patria), los patriotas, digo, sin tener un plan fijo, sin formarse tal vez idea de la magnitud, dificultades y resultados de la empresa que querian acometer, procuraban dar una forma y direccion á sus deseos, juntábanse y discutian las que había en la Capital hasta que al fin fueron delatados y sorprendidos quedando frustrados sus designios y la conjuracion descubierta.

Pero estos reveces que habrian desalentado á un espíritu débil, fueron por el contrario, poderosos estímulos para el corazon generoso de D. Miguel Hidalgo, Cura párroco á la sazón del pueblo ennoblecido hoy con su nombre. Nuestro Héroe, lleno de fé en los destinos de un gran pueblo y en la Providencia que quiere la emancipacion de las naciones, se lanzó á la lucha, y dió en la noche del 15 de Setiembre de 1810 el grito de Independencia, grito que resonó en los corazones patriotas como un pronóstico de felicidad, grito que hizo estremecer en su sòlio al poder español, y que despues de once años de lucha acabó con su dominacion de tres siglos; grito que aun resuena en nuestros corazones con todo su encanto, con todo su prestigio, con todo el entusiasmo que acompaña al recuerdo de la primera hora de la patria. Y eso, Señores, que despues del acontecimiento que hoy celebramos han pesado sobre México cuarenta y cuatro años, los mas de ellos

marcados en las páginas de nuestra historia con revueltas continuas, con miserias y crímenes, con infortunios y calamidades sin cuento! Diríase, Señores, que la Providencia ha querido probarnos. ¡Ojalá que salgamos triunfantes de esa prueba! ¡Plegue á Dios que suene y pronto la hora de la grandeza de la patria como sonó en 1810 la de su feliz emancipacion!

Al recorrer el periodo de la primera revolucion que ensangrentó nuestro suelo, el espíritu no puede menos de contristarse contemplando la sangre derramada, la viudéz y la horfandad prematuras de una multitud de personas, la ruina de innumerables familias, el incendio, el robo, el sacrilegio, el crimen, en fin, bajo todos sus repugnantes aspectos, perpetrado frecuentemente al abrigo de la revolucion y con el pretesto de la Independencia. Yo, Señores, no ocultaré á vuestra vista esos desastres por otra parte harto conocidos, no intentaré engañaros procurando alucinar vuestro espíritu, pintando como virtud la maldad, como patriotismo el crimen, como heroicidad el incendio y el asesinato. La pluma se resistiría á ello, mis esfuerzos quedarian frustrados, y mi corazon rechaza como indigna esa imposura. No os impediré que veais tal como es, tal como la historia y la tradicion nos pintan el cuadro de nuestra primera revolucion, porque sé, Sres., que la mentira cuadraría mal con la apología de tan justa causa, y que las figuras de Hidalgo, de Morelos, de Bravo, de Guerrero, de Iturbide, y de mil otros héroes que la sostuvieron, resaltarán en ese cuadro con sus formas hermosas y colosales, dominando la atencion del espíritu, y desvaneciendo las sombras y manchas que lo afean.

En efecto, conciudadanos, ¿qué valen esas negras tintas al lado de las figuras magestuosas de tantos ilustres caudillos? ¿Alcanzarán por ventura á empañar la grandeza de Hidalgo, el génio de Morelos, la humanidad generosa de Bravo, la invencible constancia de Guerrero, la prudencia y talentos militares de Iturbide, la heroicidad de todos ellos, su no-

—7—

ble sacrificio, y el de tantos otros que los imitaran sellando con su sangre la independencia de su patria? No ciertamente, la historia borrará pronto esos pequeños lunares, mas pequeños mientras mas de léjos se contemplan, y solo pintará con el brillante colorido reservado para los grandes hechos, y los grandes hombres el suceso de nuestra independencia y los héroes que la consumaron. Esos males que lamentamos hoy, porque algunos de ellos alcanzan aún á la generacion presente, se olvidarán pronto porque las naciones caminan á su destino sin curarse de los individuos, como la humanidad camina al suyo, arrollando á su paso la suerte de los pueblos y de los imperios. Nínive y Babilonia ya no existen, ruinas solo nos quedan en Atenas, Roma apenas conserva el recuerdo de su pasada gloria, pero la humanidad ha seguido su marcha, la seguirá cuando apenas quede el recuerdo de la grandeza de pueblos que hoy existen, la seguirá hasta que llegue á su final destino, hasta que el soplo del Señor apague la antorcha que ilumina los tiempos.

Hidalgo al proclamar la mas justa y santa de las causas previó sin duda las desgracias que su triunfo habría de costar; su corazon bueno y humano, sensible y generoso, derramó lágrimas de armargura á la vista del cuadro que su imaginacion previsorá le pintaba; eso no obstante se lanzó á la lucha, porque el objeto de esa lucha era grande y glorioso, porque era preciso dar vida á un pueblo sumergido hasta entonces en las vergonzosas tinieblas de la esclavitud, porque era necesario abrir para ese mismo pueblo el camino de una nueva vida y de un porvenir mas alagüeño; porque en la justicia eterna la responsabilidad de esas desgracias pesaría, no sobre el pueblo que se emancipaba siguiendo los destinos de la humanidad, sino sobre los que se oponían á que se realizaran en él los designios del que quiere la libertad de las naciones, porque sin ella no pueden trabajar eficazmente en la grande obra de su felicidad.

Hidalgo, Señores, puede compararse á los mas

ilustres hombres de la antigüedad por la magnánima abnegación de su corazón y la sublimidad de su idea: en esto consiste su grandeza y su verdadera gloria, en esto consiste su heroicidad que aparecerá siempre pura y admirable siempre. La historia nos ha transmitido como un objeto de veneración la memoria de los grandes hombres, en cuya vida y caracteres están como compendiados el carácter y la historia de Atenas en la época de su mayor engrandecimiento. Admiramos hoy y se admirará siempre, la sabia política de Themístocles, la actividad de Cimon, el desinterés de Aristides, la prudencia de Pericles y el patriotismo de los cuatro: nuestra patria y nuestra historia hablarán también con igual admiración del sacrificio de Hidalgo que al lanzarse á la revolución que nos dió vida, solo pudo mirar como término de su carrera y recompensa de sus servicios el afrentoso patíbulo en que murió. Admiramos, y muy justamente á Washington que después de consumir la Independencia de su patria, se retiró á la vida privada, no queriendo otra recompensa por sus hazañas que el testimonio de su conciencia y el agradecimiento de sus compatriotas; ¿y no es de admirarse con igual razón y justicia el sacrificio de Hidalgo que al dar el primer paso en la revolución lo dió también para el cadalso? A Hidalgo y á los patriotas que lo secundaron no se pudo ocultar la inmensa dificultad de la empresa que acometían, el sentido común debió decirles que en un pueblo ignorante de sus más preciosos derechos y que miraba como un legado tradicional la opresión de que era víctima, en un pueblo en el que faltaban las costumbres públicas tan necesarias para formar ciudadanos, que en un pueblo, en fin, escaso de los elementos á propósito para el buen término de la revolución que iba á cambiar sus destinos, las dificultades de la empresa eran graves, y que el éxito no podía esperarse sino después de una constante lucha, después de que herido por mil partes el poder de los opresores, no pudiera conservar por más tiempo la presa cuya sangre le había nutrido por

trescientos años. Estas dificultades eran palpables: Hidalgo se persuadió sin duda de que no podía vencerlas, conoció que no llegaría á veer el apetecido fruto de sus afanes, previó que antes de que pudiera saludar la libertad de su patria, sucumbiría en la lucha; y eso no obstante se lanzó á ella porque sabía que sus esfuerzos serían secundados, y que su sacrificio inspiraría valor y resolucion á los amantes de la libertad. Así sucedió en efecto: Hidalgo acabó muy á los principios de su gloriosa carrera; murió mártir de la patria, con la tranquilidad del justo y con el valor de los Héroe; pero su memoria vive y vivirá mientras la ingratitud no sea bastante á sepultarla en el olvido.

Si es cierto, Señores, que los grandes acontecimientos producen á los grandes hombres, ésta verdad no está desmentida en nuestra primera revolucion. Por oscuras que sean las sombras que afean esa parte de nuestra historia, sombras que no he querido, como dije antes, ocultar á vuestra vista, en el conjunto de hechos que forman ese cuadro, hay algunos que en nada desmerecen al lado de los que la historia refiere de los grandes hombres de la antigüedad. En efecto, señores, ¿no sentis vuestro corazon conmovido al contemplar á Guerrero saliendo triunfante de los mas gratos sentimientos del corazon, ahogando la voz de la naturaleza, cerrando los oídos á las súplicas de un amoroso padre, y despreciando los lisongeros ofrecimientos de un gobierno que parecia descansar tranquilo en la seguridad de sus recientes triunfos? Y todo por conservarse fiel á su patria y á sus juramentos, sin esperanza de victorias porque no podia tener esta ilusion contando apenas con un puñado de valientes, fieles como él, á la causa á que se habian consagrado. El mismo Guerrero, cediendo el mando al ilustre Iturbide, poniéndose á las órdenes de este caudillo, y sometiendo su voluntad y sus recursos á la voluntad del Héroe de 27 de Setiembre de 1821, ¿aparece por ventura, menos grande á vuestra vista que Aristides, que vuelto del destierro á que habia sido

condenado á mocion de Themístocles, despues de revelar á éste un secreto importante se decía: „combatiremos sobre quién sirve mejor á la patria, tú mandando y cumpliendo con la obligacion de bueno y juicioso capitan, y yo obedeciendo y ayudándote con mi persona y mis consejos”? ¿Desmerece acaso al lado del mismo Arístides cuando sacrificando su ambicion, indujo á sus compañeros á que cediesen á Miltiades el mando del ejército en la famosa batalla de Marathon? El general Bravo, dando la vida y la libertad en un solo dia á los prisioneros que conservaba, en el momento mismo de saber que sus feroces enemigos acaban de derramar cobardemente la sangre de su padre, ¿no aparece á vuestra vista mas grande, mas magnánimo y generoso que el célebre Pausanias que despues de la batalla de Platéa, repele con indignacion el consejo de un ciudadano de Egina que le persuadía que vengara sobre el cadáver de Mardonio la muerte de los Espartanos que habian perecido en Thermópilo, y el modo indigno con que el mismo Mardonio y Xerxes habian tratado el cadáver de Leonidas?

Hechos como estos forman la verdadera gloria de los grandes hombres, y de ellos, mas ó menos conocidos, está sembrada la historia de los once años de lucha que sostuvo la Colonia para independerse de la madre patria: lo consiguió al fin, porque era preciso que tantos y tan grandes sacrificios, tantas y tan grandes virtudes, tanta sangre vertida, tan invencible y generosa constancia, no quedaran sin recompensa: la nacion consumió su independencia en Setiembre de 1821, y las aclamaciones de todo un pueblo que saludaba con entusiasmo la aurora de la libertad, resonaron en los modestos sepulcros de Hidalgo, de Morelos, y de mil otros caudillos ilustres que conquistaron en los cadalzos el mas hermoso título de su gloria. ¿Qué falta, pues, Señores, al lustre de nuestra gloriosa emancipacion, si como hemos visto fué grande la empresa, y grandes los hombres que la concibieron y realizaron?

El Departamento de Guanajuato, acaso el mas

-11-

importante de la República, por la riqueza de sus minas, por la feracidad de suelo, por lo poblado de su territorio y por otros varios títulos, tiene uno de orgullo y de gloria superior á todos ellos, porque fué la cuna de la libertad y de su seno salieron los primeros hombres que la proclamaron. Dolores, San Miguel y Leon se engalanan hoy con los nombres populares de Hidalgo, de Allende y los Aldamas. La Alhóndiga de Granaditas conserva aún en sus robustos muros los vestigios de la primera lucha de los patriotas, y los conserva, no como un vergonzoso Sambenito, sino como un recuerdo tradicional de patriotismo, de valor y de gloria. El Departamento de Guanajuato que vió brotar de su seno la mas gloriosa de las revoluciones, ha sido harto desgraciado en las que posteriormente ha querido iniciar: todas ellas se han ahogado en sangre. Diríase, Señores, que la providencia no quiere que se manche en intestinas revueltas, un pueblo que tiene la gloria de haber sido el primero en correr á las armas para hacer triunfar la mas justa y santa de las causas.

Terminada la independencia hemos vivido trabajosamente apenas treinta y tres años, y en este corto periodo hemos visto encadenarse una á una, y sin interrumpirse jamas las desgracias públicas. Triste y desgarrador es el cuadro que presentamos á la historia en tan corto periodo: no quiero presentar á vuestra vista ese cuadro, ni recorrer la historia de los infortunios de nuestra patria. Sus males, son harto conocidos, y pesan sobre nuestros corazones como otros tantos motivos de desconsuelo y de amargura. Pero no seamos injustos atribuyendo á la independencia el origen de nuestros males, porque ellos han sido el resultado preciso de otras causas. Nos hemos creído ricos, porque hemos confundido los elementos de la riqueza con la riqueza misma, y este error lamentable ha causado la miseria pública; nos creímos fuertes é invencibles porque una raza de Héros arrojó por tierra el poder de una nacion que nos subyugára por trescientos años, y esto produjo nuestra debilidad; se ha creído

que la educacion pública solo tiene por objeto la enseñanza proporcional, y no la ilustracion de las masas, y la formacion de las costumbres, y de aquí proviene la comun ignorancia del pueblo: ¿Qué ha podido, pues, esperarse de tan lamentables errores? Entregados á continuas revueltas, intentando todas las formas y sistemas posibles de gobierno, entreteniéndonos en cuestiones puramente teóricas, desentendiéndonos de la verdadera cuestion de importancia que consiste en formar ciudadanos, nuestros errores y desaciertos han producido el desaliento, la inmoralidad y la falta de espíritu público. ¡Plegue á Dios que acaben para siempre nuestras calamidades! ¡Quiera la Providencia que á la sombra de la paz y de la concordia, los males públicos hallen remedio y se cicatricen las profundas llagas que enervan la losanía y actividad del cuerpo social!

Empero á nosotros toca, Señores, intentar la obra de la felicidad de las generaciones que nos sucedan: no necesitamos para esto sacrificar nuestras vidas, como sacrificaron las tuyas Hidalgo y sus ilustres compañeros; nos basta hacer el sacrificio de nuestros odios, de nuestras ambiciones y de nuestras pueriles teorías, consagrándonos al cumplimiento de nuestros deberes como buenos ciudadanos. Los males públicos cuando datan de fecha tan remota como los nuestros no se corrijen en unos cuantos dias, porque el transcurso de muchos años de un buen gobierno basta apenas para borrar las profundas huellas que dejan las desgracias y males que producen los errores en la legislacion y en la política. Los pueblos han tenido siempre épocas de abatimiento y de grandeza: acaso la Providencia condolidada de nuestros males abre ya para nuestra patria la senda que la conduzca al lugar importante que está llamada á ocupar en la gran sociedad de los pueblos cultos. Entonces nuestros hijos, si es que nuestra voluntad y nuestros esfuerzos tienen alguna parte en su felicidad, bendecirán nuestra memoria, como nosotros bendecimos hoy la de los hombres cuyos esfuerzos conquistaran la inde-

—13—

pendencia de la patria. „Ellos, dirán hablando de nosotros, no fueron felices, pero fueron bastante cuerdos para conocer sus errores, bastante dóciles para repararlos, bastante generosos para pensar en nuestro bien.”

Pero perdonadme, Señores, que haya estraviado el hilo de mi discurso: os hablaba de Hidalgo y de sus compañeros á quienes consagramos hoy nuestra gratitud: en este día la patria se engalana con el recuerdo de sus antiguas glorias, y deposita una modesta flor en el sepulcro de sus héroes. Nuestras voces no deben espesar mas que los sentimientos de nuestro corazon; nuestro corazon no debe tener sino emociones de júbilo; nuestra memoria no debe recordar mas que hechos gloriosos. El primer lugar en la historia de los pueblos lo han ocupado siempre sus libertadores, y el aniversario de sus triunfos ha sido siempre la mas hermosa y popular de sus fiestas. Señalo tambien para nosotros el glorioso aniversario del grito de Dolores: bendigamos mil veces la memoria de los Padres de la Independencia mexicana; pero que al bendecirla, Señores, se asocie á nuestros himnos de alabanza una tierna plegaria al Ser Supremo para que se digne poner el **HASTA AQUÍ** á los terribles males que hace treinta y tres años agobian á la Patria.—DIE.



